Capítulo 52

Tiergarten

Berlín le recibió húmedo y cálido, pronto al sudor. Las heridas restañadas le dolían por las comisuras. La cicatriz en el antebrazo derecho rezumó una mixtura de sangre y suero.

—Me pongo en tus manos.

Quien solo tenía una saludó al teniente Piet Retief. Todo su cuerpo se estremeció. Le necesitaba. Precisaba la ayuda de su torturador, del soldado que mantenía secuestradas a su hija y a su madre. Él mostró la mitad de su juego, pues aún guardaba varias cartas.

- —Te ayudaré con Salimata —dijo con fría convicción—. Tu hija Vera está bien, también tu madre. Las vi antes de venir aquí.
 - —¿Qué querrás de mí?
 - —Que no te vuelvas a desviar del camino. Céntrate en el plan.

Por boca del lacayo hablaba el general Dilong. La habitación del motel era sórdida. Retief no pudo evitar mirar la maltrecha cama.

- —Mientras hablamos, la tercera esfera cae en mis manos —y la manca extendió los brazos como si nada faltara—. Me he comunicado esta mañana con mi compañero.
 - -Cuida tus compañías.
 - —Sabes quién es: Zimomenos; le tenéis fichado.
 - —Ahora le acompaña un loco sin lengua. No estaba previsto.

Piet Retief quería mostrar que conocía todos sus pasos.

—Tampoco estaba previsto que secuestraran a mi hija.

Alda se interpuso entre la mirada del teniente y el camastro.

- —Te ayudaré a liberarla, pero la chica... te estorba. Nos estorba en la misión. Una vez rescatada, la dejarás a cuidado de alguien.
 - —¿De mi madre? —propuso con audacia.

Alda se apartó, dejó ver la cama. Estaba dispuesta a pagar el precio de la liberación. Refief entendió el gesto. Vaciló. Una nube nublaba su vista. Otra se

apartó en el cielo y un rayo de sol irrumpió por la ventana, cegando la vista del teniente. Reculó. Como un fogonazo se imprimieron en su retina las palabras *Ons vir Jou*. A Retief le tembló la sangre.

Disipadas las nubes, los fulgores, las ofertas y las tentaciones, se pusieron en marcha: Salimata. Por las calles de Berlín el dúo no llamaba la atención: dos pieles blancas. Él, con la nariz rojiza que el vino concede con los años. Ella, tintada con un leve sonrojo en los mofletes. Apenas se le notaba la sangre china. La gallego-china mostraba fenotipos no muy distintos a los alemanes.

Las calles se desplegaban silenciosas, limpias, sobriamente decoradas: suelos adoquinados, farolas de hierro forjado, elegantes casas de tres plantas. Sobre las fachadas enormes bloques de granito encuadraban miles de pequeños ladrillos. El barrio de Kreuzberg testimoniaba un esplendor pasado que se mantenía decoroso sin mucho gasto. Bastaba fregar las calles empedradas todos los días y una vez al mes las paredes de los edificios.

Llegaron al Tiergarten. Los pasillos del jardín zoológico bullían con gente, hombres en su mayoría, comerciantes de muchas razas, alemanes y chinos, pero también indios, latinos de América, y hasta árabes y bereberes. Piet Retief agarró a Alda del brazo. Sintió sobre la suya la piel que media hora atrás había rechazado. Se estremeció. Tomó su mano izquierda. No quería que atrajera la atención con ese aire de estar buscando, por celdas y fosos, a un ser querido.

—Tu hija es carne fresca. No estará expuesta al aire libre —apuntó el teniente con escaso tacto.

Los rótulos del zoo seguían en pie. En las jaulas de macacos, chimpancés y otros primates, se apilaban jóvenes aceitunos, niños, niñas, adolescentes. Sucios, las dentaduras débiles y ennegrecidas sugerían mala nutrición y peor cuidado. Estos se vendían, en su mayoría, para el servicio doméstico o con destino a las minas de tierras raras. Iban en lotes de seis, doce o incluso treinta. Los mayoristas se los llevaban a sus ciudades y allí los vendían por unidades.

En el foso de los leones, *Löwen*, dos mujeres a finales de sus veinte peleaban por los restos de un pollo asado. Un vigilante salaz les había arrojado el ave. Sus cuerpos desnudos eran espléndidos, dignos de la fosa del rey de la selva, pero las cicatrices marcaban sus miembros, vientres y espaldas. Tal era el estruendo que Piet Retief se paró hasta el final de la reyerta. Lo mismo hicieron otros comerciantes, robando unos minutos de ocio a la jornada de regateo. Venció la aceituna de piel más clara, acaso una serbia. Sonaron vítores entre los espectadores alemanes. Cundió el desánimo entre bereberes y latinos, que miraban como vendedores a la baja a la gata derrotada, una aceituna de piel oscura y enmarañada melena negra, andaluza quizás o griega.

La vencedora no royó la carne adherida al esqueleto, sino que sumisa entregó el trofeo a una pelirroja que, al fondo del foso, se sentaba soberana sobre granito negro. La reina de la jauría lucía el cuerpo sin ropa, piel clara sin rasguños, salpicada tan solo por una miríada de pecas. Solo una marca en el cuello delataba un tiempo en que trataron de quebrar su espíritu.

—¿Y para esto aún vivir? —suspiró Alda.

Retief no la oyó.

—Los chinos son los que mejor pagan. La leona roja podría acabar en Guandong o Fujian.

Piet Retief nunca había estado en China, pero pronunciaba los nombres de sus provincias con la reverencia propia de quien lleva años a las órdenes del imperio.

- —Mi hija...—imploró Alda.
- —Una niña aceituna, de pelo ensortijado —Retief asió ahora el antebrazo de Alda evitando el muñón—. Compañera, eso es lo que hemos venido a comprar.

Se dirigieron al rincón noroeste del Tiergarten, una zona rotulada Europeische Tieren, animales europeos. Allí estaban enjaulados los aceitunos de Euro-China y los eslavos de las tierras fronterizas entre Alemania y Rusia. Alda se esforzaba para no vomitar. Puso su mente en blanco. Debía aparentar ser una compradora. Adoptó una mirada inquisitiva pero esquiva, andares decididos pero dejados. Piet Retief no sabía disimular, solo sabía comportarse como policía. Pero eso no era un problema. En el Tiergarten abundaban los policías. Todo el comercio era legal y supervisado y se llevaba a cabo dentro de los parámetros de la legislación de la República Ahorrativa de Alemania: limpieza, por sucio que fuera el negocio; austeridad, pese a los enormes beneficios.

- —¿Qué buscáis? ¿Puedo ayudaros? —se ofreció un alemán que hablaba catalán con acento griego.
 - -No necesitamos intermediarios -Piet Retief lo apartó de un empujón.

La pareja Retief-Maluca dio varias vueltas entre las jaulas y fosas. El espacio reservado a la esclavitud aceituna ocupaba más de una hectárea. Oso pardo, lobo común, lince ibérico, urogallo, toro, águila, cisne. Los viejos carteles metálicos, inscritos en letra germano-gótica, servían de soporte a unos apósitos de cartón que anunciaban un nostálgico y confuso recorrido por tierras que en algún momento fueron Europa y revivían ahora en las fantasías eróticas de los compradores: Jonia, Magna Grecia, Macedonia, Serbia, Herejía Albigense, Al-Andalus, Tarraconensis, Toscana, Dos Sicilias y Malta. A los carteles respondían, típica o atípicamente, grupos de mujeres y niños de variadas tonalidades de piel, pelos lacios o ensortijados, e iris caleidoscópicos.